

Niangelnidechiclana (*)

Margarita ARDANAZ MORÁN
Universidad Complutense de Madrid

Madrid, 13 de octubre de 1999.

La empatía surge como nace la luz por la mañana. Es un milagro necesario.

Y, justamente por eso, no es un milagro.

Pero tampoco es un acto de justicia. Porque no tiene que serlo. Tan sólo los protagonistas lo notan (ser consciente de ello es otra cosa); lo saben, como podría haber dicho el gran Lope.

Los límites del afecto suelen ser tan amplios como nuestra caritativa generosidad nos lo permita; o tan estrechos como el miedo al cariño nos impone.

A Ángel Chiclana le gustaba gustar. Es algo que, por cierto, le gusta a casi todo el mundo. Pero la cuestión —parte fundamental de la peripecia vital— consiste, precisamente, en conseguirlo o no. Y él lo lograba. Nos gustaba y le gustábamos —sobre todo algunos—.

¿Quiénes? Seguramente aquellos lo suficientemente arriesgados como para no renegar del hedonismo —a pesar de que los vientos presentes sean hartos adversos para tamaño periplo; o acaso fuera mejor decir para semejantes deportes del espíritu (no confundir nunca con ejercicios espirituales).

Muchos pensarán que eso le venía de que, al fin y al cabo, era del sur. Y probablemente también en eso se equivocarán. Y no lo digo porque sea yo persona especialmente versada en materias geográficas, sino porque acaso

(*) Debe ser leído como un heptasílabo.

sea evidente para algunos de nosotros —los legos— que el norte es magnéticamente insostenible.

Quizá también por eso solíamos hablar cuando coincidíamos —normalmente en el bar de profes— de literatura. Sí, en general, de literatura; sin subtítulos, epígrafes y/o notas a pie de página. Era un placer compartido.

Ángel era un andaluz universal en el sentido machadiano. Eso es: un hombre generoso y bueno. También tenía mucho de caballero. Esa rara subestirpe de hidalgo. Pero no en su afeción más cabal de “hijo de algo”, sino en la más extraña de hijo de nada, hijo de sí mismo, hecho a sí mismo...en todos los buenos sentidos de estas palabras buenas —que no inocentes—.

Considero un privilegio haber podido charlar tantos y buenos ratos juntos.

Me permitía, ni más ni menos, experimentar ese talante —tan inusual en nuestras latitudes— civilizado, que es la fuente natural de la tolerancia. Muy probablemente su estancia en los abiertos y amplios y democráticos —como diría Walt Whitman— espacios y paisajes norteamericanos tiene aquí algo que decir.

Ángel no era ningún ángel. Era afortunadamente una criatura intrínseca y naturalmente imperfecta. Como todos nosotros. Y, por ello, a muchos no nos ha dejado huérfanos.

Ángel es eso.

Un ángel fieramente humano.